

Retrats

En este número especial que Asparkía dedica a temas de arte y estética, la sección de «retratos» ha adquirido una nueva dimensión: no hemos querido aproximarnos a una mujer concreta, sino a ese tipo que el mito y la leyenda ha unido al concepto de arte: se trata, como se adivina, de la figura de la musa, aquí tratada como polo de una reflexión teórica amplia que desborda el mismo punto de partida que motiva el texto.

MARCELO DÍAZ*

De musas a compañeros

La creatividad es en sí misma la no detención de la actividad espiritual, y aunque resulta obvio que hay momentos más activos que otros, más afortunados, este concepto no se anula en el devenir del ser humano.

Para nuestro mundo conceptual y existencial, el occidental, hubo un momento glorioso de auténtica creación: fue el tiempo de la cultura de los griegos. Debieron sentirse frente al mundo como cuando uno quiere acampar en un inmenso bosque, lo tiene todo a su disposición y elige el rincón más adecuado y apetecible para su placer. Como los eremitas cuando, buscando un paraíso abarcable, instalaban su modesto refugio en el punto más significativo de la geografía. Cuánta belleza y cómo se anticiparon a lo que nosotros haríamos ahora, siglos después.

Creo que, en efecto, para nuestra cultura ha habido una creación del mundo, en el sentido bíblico, que contesta desde la idea pura de la nada hasta el descanso divino, después de crear a sus sucesores en imagen y semejanza: los humanos. Y, así mismo, ha habido una creación posterior que contesta los deseos y los temores de esos humanos, sus enigmas, sus desconocimientos, sus estructuras necesarias de convivencia. Una creación que han hecho todos los pueblos como una invención posible que llenara el trayecto incomprensible de los enigmas. Ciencia y misterio se redistribuyen diariamente los tramos del cosmos y de la mente.

Pero fueron los griegos los que llevaron a cabo esta segunda creación generando una mitología imaginativa, compleja, refinada y sofisticada, que no se detuvo en contestaciones primarias.

* Escritor y escultor.

Así que hay que descubrirse ante la creación llevada a cabo por los helenos. Tal vez no original del todo, pero qué completa, qué bien creada y establecida en un orden inusitado hasta entonces: el orden del mundo espiritual en sí y para sí mismo, frente a otras invenciones de otras culturas hechas con otro pragmatismo.

Creo que tan de admirar como su arquitectura, su escultura, su literatura, lo son sus mitos espirituales de intrincada personalidad psicológica, sus seres superiores inventados para explicar, ayudar, guiar o proteger casi cualquier aspecto o sutileza del espíritu humano. Es realmente una invención lúdica, fantástica e incrédula, a diferencia de la bíblica. Aunque ésta, monoteísta, tenga un santo o abogado, dios menor en definitiva, para cada necesidad cotidiana, indicando un residuo de ese mundo clásico o simplemente respondiendo a algo natural de los pobres humanos.

A su manera inventaron la complejidad del alma y se adelantaron a Freud, que frecuentemente los ha usado como referente. Eso es un verdadero acto de creatividad, que probablemente sólo se puede comparar con el llevado a cabo en todos los siglos posteriores con la expresión artística y literaria.

Un país tan dado al mundo del alma, con una concepción material y espiritual del ser humano como ser vivo y no como ser futuro en la ultratumba, tuvo que inventar a los seres ayudantes de la propia creación artística. Así, Júpiter le da a Apolo unas compañeras que le acompañen en el Parnaso, le canten, le entretengan creativamente. Todo como poseedoras de un conocimiento de la armonía y de los principios del universo que permitía acceder a la existencia inmutable de los dioses. Éstas son las musas.

Después, este concepto se ha matizado con el paso de los siglos, pero todos podemos entender que son la ayuda de los artistas y sinónimo de la inspiración.

Son un arquetipo de situación espiritual creado en un tiempo en el que el arte era ejercido por los varones. Por eso debían ser femeninos estos seres que ayudan al pensador con pluma, lira, escoplo o pincel en la mano. No sé si las amazonas tienen musos, pero es posible. El eros, como impulso creativo y contrario al tánatos tiene una componente erótico amorosa y prefiero pensar más en esta razón que en la social machocéntrica. De hecho, sólo por la comunicación amorosa se pueden llegar a recorrer todos los caminos del ser.

Dejando de lado, por ahora, este cliché mitológico de los roles, cabe volver al significado en sí del papel de las musas como inspiración o fuente externa de ayuda a la creatividad artística.

El espíritu creativo, como impulso, es algo natural e intrínseco, por un lado, y algo complejo y amplio por otro, si lo miramos como acto y posibilidad intencionada. Como mínimo encontraremos unas condiciones intelectuales, emotivas, expresivas y ambientales. Es probable que se den en buena proporción o predominando alguna de ellas. Las musas serían como las

estimuladoras de estas condiciones, como luces, despertadores de esta maquinaria mágica del ser.

Aunque hoy creemos más en el entrenamiento que en el azar, en el trabajo que en la suerte, no se puede negar que hay momentos en los que algo coincide y lo que se crea es más bello, más acertado, y sientes como cierta facilidad en el camino. Deben ser las musas que, como las brujas, haberlas haylas.

Bromas aparte, yo me inclino más a pensar en situaciones ambientales, del medio, que en estas tan extraordinarias. No ve el cerebro nada que no le afieran los sentidos y su construcción intelectual. Por eso concibo al artista como un mediador privilegiado entre lo que recibe de ese medio y lo que le devuelve transfigurado. Lo que le rodea, los acontecimientos, las relaciones humanas, los paisajes, la historia inmediata, le empapan y los busca y escudriña con ojos plurales. Luego se transformará todo en su alma y lo devolverá en una nueva forma que, aparte de otras intenciones, tenga belleza. Esta mediación tiene algo de mágica, pues tiene una dimensión muy estirada y dispar. El artista, antes que nada es un ser de carne y hueso, pura fisiología, muchas veces hasta débil, mermada o enfermiza. Es un ser vivo normal que se alimenta, ensucia, duerme... en fin, lleno de necesidades. Y es, también, un ser apartado de lo más común, elevado algo sobre la visión más general. No digo superior, sino solamente con una óptica diferente, que está a veces cerca de los últimos ramalazos de cierta luz que no es la de la masa. Por eso puede hablar con sus lenguajes artísticos sobre ella.

No creo, por lo tanto, que sea ocioso diferenciar el ser y el estar como momentos alternativos de mayor o menor duración que ocurren en esa fisiología, en ese cuerpo mortal del artista.

Ser artista es una potencialidad permanente que en determinados tiempos de vigilia, de realización, produce creaciones artísticas. Entonces el artista lo es y está como artista. Pero luego debe sustentarse, satisfacer el lastre de necesidades fisiológicas de todo ser vivo y, sobre todo, las de convivencia y relación familiar y social, ser madre o padre, esposa o marido, tener un orden convencional, y una larga lista imaginable.

Esta dimensión tan alargada no es baladí. Es una de las claves de la actividad creativa, pues, en la medida en que el artista sea menos esclavo de estas circunstancias, puede tener más tiempo material para estar con el arte, aunque dudo si más tiempo interior y existencial para ser artista, pues las creencias, la ideología, el conjunto de valores, tiene su contrapeso.

Como apuntaba antes, esa concepción griega de las musas como seres divinos femeninos que ayudan al varón creador, que no le molestan ni tienen necesidades, es un sueño cómodo, un relleno para contestar aquel momento histórico. Hoy, como en todas las épocas, seguramente tenemos la realidad del mortal que ha de armonizar necesidades materiales y actividad creativa. Encima, el entorno sociocultural, al fin, nos va introyectando valores, como la igualdad, el

respeto, que, siendo naturales, las civilizaciones habían apartado de la práctica social por escabrosos motivos.

Creo que la mejor visión del artista es aquella que lo desmitifica de todos esos tópicos que se arrastran secularmente y tienen que ver con los conceptos que vengo aludiendo. Una desmitificación que lo deje en esa dimensión humana, con luz y con limitaciones, con tiempos de estar y de ser, con riquezas y pobreza, con dudas e iluminaciones.

Esta desmitificación obligaría a reescribir la historia de muchos artistas como individuos singulares que sólo nos han hecho llegar sus obras, su arte. Tal vez sea esta dimensión la única que deba interesar para la historia, para el espectador, pero, cuando ahondas un poco en el precio que costó a sus más próximos es inevitable cuestionarse otros aspectos y pensar, sobre todo, en otras expectativas o formas de ser y estar como artista.

Cualquiera puede ahora leer el amargo diario de Zenobia Camprubí, que soportó al Nobel Juan Ramón Jiménez. Ahí está el lenguaje de lo diario contado con la visión de la testigo de lo divino y de lo humano, la vivencia de la coprotagonista segundona, las sensaciones de la incompreensión de un ser que tenía que luchar entre ser artista y ser un doméstico con penurias económicas.

O puede recordar la vida de la maravillosa mujer Alma Schindler, que reunía tantas cualidades y tuvo que dejar de ser probablemente una música genial cuando se convirtió en Alma Mahler, para que lo pudiera ser su esposo. Éste reconoció, al separarse ambos, que había sido muy egoísta. Luego ella, núcleo de la intelectualidad de entonces y casi musa de la Bauhaus, siguió cometiendo el mismo error, presa interior y exterior del marco social de valores y posibilidades de la época.

La desmitificación es un paso necesario para poder concebir otras posibilidades de práctica real del ser y el estar del artista. Y, como desmitificación, tiene la llave para abrir la gloria terrenal algo más permanente que la gloria utópica de un Parnaso inexistente o el conchabeo intangible de las musas invisibles. Claro está que el paso posterior es aterrizar y caminar por la realidad, limitada y bella, difícil y gratificante.

Este caminar por la realidad cotidiana, por más aislamiento individual que se logre, supone no sólo vivir la actividad artística como algo que tiene fin en sí misma. Implica una relación con el medio y otras personas, que a veces es muy difícil. Si, además, la opción es la de vivir en pareja, familia, se produce un enfrentamiento con una amplia y compleja realidad socioafectiva que se resolverá de muy distintas maneras, dependiendo de factores muy dispares, entre los que será clave una ideología u otra.

Considero que el creador es un ser difícil para una convivencia común y convencional y que tiene una gran propensión a las actuaciones individuales. Lo que le lleva a situaciones relacionales tan difíciles como intensas y gloriosas.

Supuesta la compatibilidad, coincidencia, sintonía, conexión, o como quera-

mos denominar ese fluido por el que dos seres se enamoran y pueden crecerse juntos y disfrutarse recíprocamente más que molestarse, la relación de artista con otro compañero o compañera que no lo sea puede encarrilarse en estos parámetros de desmitificación y crecer en la comunicación y la igualdad. Ni el o la artista puede distanciarse hacia adelante, ni su compañero o compañera puede quedarse desconectado como actitud.

De igual a igual, con diferentes acciones pero la misma coincidencia. Con distintos puntos de vista, pero con la misma intención. Con los tiempos comunes de ser y estar, sin comodidad o renuncia de ninguna parte. El amor, la comunicación compañera hasta sobredimensiona cualquier hecho artístico. Ahí están las musas, masculinas o femeninas, vestidas de diario, acompañando en lo del subsistir cotidiano y en la magia de la creación.

Dejada atrás la mitología desde que el Realismo quiso ver y representar la verdad de lo humano en su dimensión familiar y diaria, creo que se ha abierto el camino de una mitología real: la del mundo interior, la del espíritu, la de las sensaciones, las emociones, la del alma. En este trayecto más vale sentir la compañía coincidente de otro ser que el toque de las musas.